

# ALFONSO SASTRE: UN LIBRO PARA LA POLEMICA

Alfonso Sastre acaba de publicar un libro, «Revolución y crítica de la cultura» (Grijalbo, 1970), de un elevado tono polémico. En algunas declaraciones ha manifestado ya su temor de que ciertas páginas en las que fustiga actitudes intelectuales de españoles contemporáneos pudiesen desviar la atención de los temas que considera esenciales: una discusión sobre Althusser y el estructuralismo, una refutación de Artaud y el «teatro sin palabra», un examen de Brecht y el «pos-brechismo», un análisis del teatro y las artes en los países socialistas... Ha sido inevitablemente así. Un libro polémico abre una situación polémica. TRIUNFO contribuye a ella con dos opiniones emitidas desde distintos puntos de vista, la de Eugenio Trias, profesor de Filosofía, y la de Luis Carandell. Con ellas no consideramos agotado el tema, sino simplemente iniciado.

## LA HORA DE LA CONFUSION

El libro de Sastre tiene el interés de exponer públicamente, y con toda claridad, la organización —o mala organización— de la cultura en España. Su análisis, en este sentido, llena realmente una laguna importante, y nos da las suficientes pistas para perseguir, con espíritu detectivesco, los «persuasores ocultos» que han ido disponiendo entre bastidores la escenografía cultural de estos últimos años. En este libro se hace público quizá lo que sólo se sabía más o menos como verdad privada y un poco doméstica o que circulaba como moneda sólo intercambiable entre contertulios —o como simple cotilleo—. Es, en muchas de sus páginas, una excelente crónica de una situación que exige análisis atento —y quizá también remedio—. Pero entre el análisis sereno y la indicación posibilista de remedios, existe un «tercer término» que define quizá el tipo de discurso escogido por Sastre: la denuncia sistemática. El libro —en realidad, crónica y análisis— cobra de pronto un énfasis especial: la constatación parece atraer un sinnúmero de emociones varias que doblan todo enunciado del libro con un segundo discurso en el que el análisis deja paso al improperio. Una cascada de adjetivos hincha el libro de tal modo que, operada la reducción, quedaría quizá diezmos. Pero con ello habría perdido su gancho publicitario.

Escoger la denuncia como arma era una salida fácil: el análisis objetivo impone frialdad y renuncia —un «distanciamiento» demasiado anglosajón para que podamos in-

corporarlo sin sufrimiento—. La búsqueda de algunas soluciones requiere reflexión e imaginación —y también riesgo—. Mejor es mantenerse en el «género epidíctico» (tan bien analizado por G. Bueno en una reciente publicación) y aprovechando un clima emocional existente para «dar carnaza a la fiera» —en lugar de revisar a fondo ese clima y las leyes meteorológicas que lo determinan—. Lo contrario —es decir, lo que hace Sastre— es dar palos de ciego en un mundo cuya ceguera puede transformar con suma facilidad el palo verbal en martillo trentino. El libro de Sastre, en este sentido, huele un poco a Contrarreforma.

Ese olor se deja sentir por muchos lados: Sastre no engaña, y su libro está escrito de forma, más que cordial, cardíaca. No diré, pues, que el lector deba entretenerse en buscar aquí o allá tal «lapsus» delator o tal exabrupto revelador. No hace falta: Sastre da todas las pistas para que se le localice (excepto una imprescindible: la que permita al lector, a su vez, apelar al propio Sastre, cuyo cajón queda en último término salvaguardado por la naftalina de la «pureza» o de la «inmunidad»). Pero no importa: hay en este escrito ciertos núcleos significantes que expresan alguna observación reveladora. Señalaré uno de ellos mediante un rodeo.

No hace falta reseñar las frases en las que se pone en evidencia un sistema que a Sastre, diríamos, le «repatea». Me refiero al sistema de la moda, ese sistema según el cual ciertos objetos culturales quedan de pronto marcados por un signo (+), y otros con otro signo (-). Sistema que renueva el inventario con una perlocuidad reglamentada —exasperantemente reglamentada— y cuyo terrorismo conduce a los más «execrables» cambios de gustos u opinión por



*"La alta función papal que Alfonso Sastre ha venido ejerciendo en el ámbito cultural inconformista o progresista español de nuestro tiempo entraña ciertas insoslayables exigencias, y acaso la más perentoria de ellas sea la necesidad de dictar, en tiempos de confusión, las normas para orientación y guía de descarrilados" (Carandell). "Lo que hace Sastre es dar palos de ciego en un mundo cuya ceguera puede transformar, con suma facilidad, el palo verbal en martillo trentino. El libro de Sastre, en este sentido huele un poco a Contrarreforma" (Trias). En la fotografía, Sastre en 1957, cuando empezaba a ejercer su "función papal".*

parte de quienes viven codificados por el sistema en cuestión. Un sistema que no se limita a dejar de lado aquello que un día estuvo «incluido», sino que se ensaña de forma caníbal con ese objeto cultural que cae bajo esa «ausencia de signo» denominada demodé.

Diríase que este sistema es, para Sastre, una ignominia que mistifica el panorama cultural español, ya de por sí confuso. Y, por supuesto que el papel social informado por este código —el snob— constituye el chivo emisario del discurso sastreano. No será este el momento en que, como «efecto distanciador» ante tantos prejui-

cios, reproduzca en este contexto una «apología del "snob"» que en su día provocó algún que otro eczema. Pero recordaré únicamente que el «snob» no es ningún frívolo: es el asceta de nuestro tiempo, campeón de la mortificación y de la renuncia —renuncia a «sí mismo», a sus propios gustos y apetencias. Figura obsesionada por la frágil novedad, sabe, con los místicos, que eso que ahora le atrae y gusta es perecedero y caduco, expuesto a una erosión rápida que le impone el sistema que suscribe.

Y sugerí también en qué sentido criticaría esa posición: en tanto que ascetismo (denunciaría el «espíritu de seriedad» que reviste todo «snobismo», su falta de «alegría» y hedonismo) y en tanto que integración acrítica de un sistema o código que —como todo sistema y como todo código— debe ser siempre cuestionado, criticado y, finalmente, contestado y sustituido por otro mejor, más válido, menos opresivo, menos terrorista. Esto supuesto, señalaré que esta última posición crítica el «snobismo», del mismo modo como el «snobismo» —cuyo valor para salvaguardar la dialéctica de la cultura es innegable— contesta y critica toda posición conformista (a pesar de que, repito, mantiene un residuo de conformismo al someterse a su propia dialéctica de la novedad y de la renuncia).

Hay, sin embargo, un conformismo que conviene denunciar aunque sea desde una actitud tan frágil, tan «impopular» y demostrada como la snob. Se trata de una actitud sistemática de rechazo de «cualquier moda» —como si ese signo (+) que inviste de un prestigio mágico a ciertos objetos culturales nos obligara de antemano a una actitud preventiva con respecto a los mismo; como si cualquier nuevo producto, sea artísti-

# EL GRAN REZAGADO ALFONSO SASTRE Y SU ENCI- CLICA "HIC ET NUNC"

co, literario, fílmico o filosófico, tuviera que ser «puesto en cuarentena» —justo el tiempo de duración de esa **infección** llamada moda—. Junto a un embobamiento ante el prestigio de la persona u objeto que está de moda (un embobamiento que muchas veces sólo existe en las cabezas de quienes lo denuncian) habría otro embobamiento mucho más temible: el de quienes, por su rechazo sistemático de «la moda», terminan por quedar presos en ese mismo sistema que intentan esquivar: hasta el punto de que se vean **obligados** siempre y por sistema a «arreglar las cuentas» a todo aquello que reciba el prestigio de ese maldito «signo de los tiempos».

No es este tampoco el caso de Sastre, cuya serenidad y buen juicio se muestra en el tratamiento de muchos de los temas que aparecen en su escrito; por ejemplo, en su tratamiento —más allá de estas simplificaciones que denunciaba hace un momento— del **estructuralismo** (tratamiento con el que no estoy del todo de acuerdo, pero no por las razones que acabo de aludir). Pero esas consideraciones si que rezan allí donde Sastre parece perder ya todos los estribos —quizá porque en este caso la moda lleva bajo el brazo una criatura endiablada, un súcubo infernal que pone en entredicho todo el andamiaje intelectual y moral de Sastre, amén de su producción y de la estética y metafísica que de un modo u otro suscribe: me refiero al «caso» Artaud.

Pues —¡helas!— ha sonado, como señalaba Pere Gimferrer recientemente en «Destino», «la hora de Artaud». Y en este excelente artículo citaba unos pasajes que le permitían denunciar «la fosilización y el anacronismo, no menos que el reaccionarismo fundamental y el falseamiento de los hechos, de quienes (un ejemplo peninsular: el último libro de Alfonso Sastre) atribuyen a la inesperada aparición de Artaud, tras los años de pasar el rosario brechtiano, una filiación fascista y burguesa». Ha sonado la hora de este autor maldito, como empieza a sonar también (¡agárrense!) la hora de Federico Nietzsche. Y ello no por razón de ninguna moda —ni menos aún por el resurgimiento de ningún «fascismo» asociado a estos nombres tan «ingratos». Sino porque, tanto uno como otro, constituyen —lo mismo que el marqués de Sade— pensadores excepcionalmente lúcidos que llevan a cabo la más severa crítica y el programa más amplio de subversión

de la cultura establecida y de sus instituciones y valores. La «moda» de estos «hombres subterráneos» (así se autodefinía Nietzsche en *Aurora*) tiene mucho que ver con los signos de un tiempo y de una mentalidad nueva cuyo hito y cuyo símbolo fueron las jornadas del mayo francés.

Es muy fácil supurar una **sombra** (por ejemplo, «irracionalismo»; por ejemplo, «fascismo») —y no quiero decir con esto que el fascismo sea una **sombra**, aunque sí lo es en boca de Sastre frente a Artaud—; es muy fácil, digo, colgar un sambenito, avalado por «autoridades» como el reputado Lukacs (el Lukacs que ofreció a papá Stalin la varita mágica de un término —«irracionalismo»— susceptible de avalar cualquier represión de desacarriados). Y esa facilidad —que en el contexto en que se consumó podía justificarse quizá por «razones históricas»— no puede ser mantenida actualmente más que como tapadera. En efecto, la acusación de «fascismo» dirigida contra quienes intentan abrir cauces nuevos e imaginativos a la praxis y al pensamiento revolucionario (y Nietzsche y Artaud los abrieron en abundancia) constituye una defensa hábil del «estado de cosas existentes» —y de los esquemas mentales «establecidos»—.

No habla Sastre de Nietzsche, aunque me puedo imaginar en qué términos lo haría (desearía equivocarme). Por razones bastante fundadas suelo asociar los nombres y las obras de Nietzsche y Artaud como las de dos pensadores que abren una grieta en la plácida llanura o **meseta** cultural —pensadores y pensamientos «de bajo suelo» que constituyen **fallas** atípicas, nunca acabadas de asimilar por el sistema de la cultura. Diríase que, al igual que el **Carnaval**, irrumpen una vez en el Gran Año de la historia y se sumergen en seguida en el **underground** de su locura —y tocan con ello esa «última frontera» o ese límite de la razón represiva que ésta llama con el nombre misticador de «locura». Que esa dama ilustre y «digna» llamada «Moda» los traiga un tiempo —siempre por poco tiempo— a la superficie no puede engañarnos sobre su verdadera naturaleza de «topos» (como decía Nietzsche de sí mismo). **Menos puede engañarnos confundir fascismo con revolución cultural** —aunque los que caigan en esa confusión se autollamen «revolucionarios» o «progresistas». ■ EUGENIO TRIAS.

El año había dado libros. Algunos de ellos, importantes. Pero no había dado el libro. En la Feria del Retiro, entre las casetas cartesianamente alineadas bajo las tapias de la Casa de Fieras, había una cierta atonía. Los informados comentaban: «Este año no hay ningún libro de choque», «Falta un número fuerte». Se referían, claro está, a un libro que fuera capaz de conmover la «provincia intelectual» de la población española. Las demás provincias, «el resto de los españoles», como suele decirse, tenían su conmoción particular con Urtain, la casa de los Martínez, la resurrección del Real Madrid o la «Novena Sinfonía» de Beethoven-Miguel Ríos. Y, si de libros se trata, el doctor Bernard acudía a la Feria «con su bellísima esposa» para la firma multitudinaria de ejemplares de su autobiografía (los derechos de autor, a obras de caridad).

Lo que hacía falta era otra cosa. Un libro especial. Pero la Feria terminó y el libro no había llegado. La Municipalidad mandó retirar las casetas (la cultura tiene aquí el carácter de un producto «de temporada») y colocar de nuevo los columpios para el esparcimiento de los desatendidos niños de la capital. Se barrió bien aquello, retirándose los catálogos y octavillas anunciadores que yacían muertos en el asfalto del pasco, y aquí no ha pasado nada; si te he visto, no me acuerdo. Transcurrió el mes de junio y nadie pensaba ya en la Feria. Y he aquí que, contra toda norma de buena administración librera, la Editorial Grijalbo se descuelga luego con el título que echaban de menos durante el certamen los sufridos habitantes de la provincia de las Letras. ¿Imprevisión, demora, efecto calculado? Nunca se sabrá. El lector ha adivinado seguramente que me estoy refiriendo a la rezagada aunque fulgurante aparición del libro de Alfonso Sastre titulado «Revolución y crítica de la cultura». Aproximadamente en su primera mitad, el libro recoge artículos ya aparecidos en diversas publicaciones, algunos de ellos muy famosos en las tertulias y **covachuelas** progresistas (por emplear una célebre expresión de Radio Nacional) de nuestra época. El resto son ensayos inéditos. Cronológica-

mente, el libro contiene papeles escritos entre el verano de 1964 y el verano de 1969, pero, como el mismo Sastre advierte en el prólogo, no se trata de una mera recogida de artículos, «sino de una expresión (relativamente) estructurada en torno a los problemas de la creación comprometida o sedicentemente interesada en la revolución o, por lo menos, en el progreso de las sociedades humanas».

La alta función papal que Alfonso Sastre ha venido ejerciendo en el ámbito cultural **inconformista** o **progresista** español de nuestro tiempo, entraña —¡ay!— ciertas insoslayables exigencias, y acaso la más perentoria de ellas sea la necesidad de dictar, en tiempos de confusión, las normas para orientación y guía de descarriados. Por eso me he atrevido a titular aquí su libro, «Enciclica "Hic et Nunc"». «Enciclica» porque emana de la autoridad de la Silla de Pedro de esta instancia cultural española. «Hic et Nunc», porque, como veremos en seguida, esta es la fórmula de que se sirve el autor para diagnosticar los males de la creación literaria y artística de nuestra época. Pero vayamos por partes. ¿Cuáles son los motivos de que este libro del discutido dramaturgo y crítico de críticos sea el libro esperado de este año en la provincia intelectual? No es fácil contestar a esta pregunta, porque son muchos los méritos de la obra y asombrosos, al menos para el lector eventual y profano, los conocimientos que el autor muestra poseer sobre los temas tratados, y no solamente en su especialidad teatral, sino en todos los campos de la cultura. Apenas sería posible dar aquí una relación de esos temas: la crítica y su imposibilidad, las relaciones entre el teatro y la política, con el estudio de la hiperpolitización del teatro; el índice de vitalidad del teatro en una sociedad, el lugar del escritor en la revolución, el teatro-documento, el estructuralismo y el teatro, el teatro de la crueldad y mucho otros, con elegantes paralelismos del campo de la física (onda y corpúsculo) e incluso con formulaciones matemáticas de las ideas. Dejo todo esto a la crítica de los especialistas. Pero hay una razón concreta por la cual este libro rebasa el ámbito de la especulación intelectual y se convierte en materia urgentemente noticiable, de alcance típicamente periodístico. Y es: el libro constituye una auténtica ensalada de palos. —>

Hay ginebras que se ahogan en un vaso.  
Seagers defiende su sabor en cualquier mezcla.



Con ginebra Seagers, usted no sólo puede realizar a la perfección los típicos combinados de ginebra. También puede inventar otros - y bautizarlos con su nombre.

La razón es sencilla. Ginebra Seagers tiene el sabor seco y fresco de la genuina London Dry Gin. Para elaborar Seagers se seleccionan los mejores enebros del mundo, y se traen directamente desde Inglaterra. El resultado, disfrútelo. Ginebra que se mantiene a flote en cualquier mezcla.

Si usted tiene experiencia en combinados con la ginebra ahogada, haga algo mejor que ahorrarse el precio de la ginebra. Cambie a Seagers.



**Seagers of London**

(Se pronuncia "Siger")

Compárela con cualquier ginebra

## ALFONSO SASTRE: UN LIBRO PARA LA POLEMICA

Si usted, lector, siente que de alguna manera pertenece a la tan repetida **provincia intelectual** (que es el término que Sastre emplea para caracterizar la ardua y trabajosa esfera de la dedicación a la cultura), no dude que al leer el libro de que le hablo se sentirá incurso en alguno de los improperios que el autor dedica a sus contemporáneos. Ciertas dedicatorias llevan nombre y apellido. Otras, las más, son anónimas y generales, disparándose contra todos y cada uno de los residentes de la célebre provincia. El éxito, el suceso del último libro de Sastre radica tal vez en la posibilidad de que el lector residente, pasando por alto los sopapos y capones que él mismo recibe en el libro, se dedique a descifrar la identidad de sus denostados compañeros: «¡Hay que ver cómo pone a Fulano!», «¡Esto va por Mengano!», etc., placer éste, no hace falta decirlo, muy propio del subdesarrollo. Pero lo más notable del caso es que Alfonso Sastre atraviesa lo que resulta ser, en definitiva, el «cenagal» de la cultura inconformista sin mancillar para nada su manto de armiño. A lo largo de todo el libro le vemos flotar como un espíritu libre de culpa, como un angélico y municipal agente que no cesa de poner **multas** a los mal estacionados vehículos de la cultura. Y, si bien se mira, su actitud está en consonancia con la **magistral** situación que Alfonso Sastre ha venido ocupando entre nosotros. Si en el moderno **spot** televisivo se acredita la bondad de un producto afirmando: «Lo ha dicho un hombre», no debemos olvidar que la frase: «Lo ha dicho Alfonso» tenía hasta hace muy pocos años, en amplios círculos, la virtud de un salvoconducto. Posteriormente, las cosas cambiaron. La imaginación rompió las amarras y la gente no se conformó ya a renunciar al experimentalismo, ese experimentalismo de que hablaba Vázquez Montalbán en un famoso artículo; no se resignó a ceder el irracionalismo a la derecha cultural sólo por conseguir lo que el chiste «popular» había empezado a llamar «el evangelio según San Lukacs».

Haré, para conocimiento del lector, una pequeña relación de los denuestos con que Alfonso Sastre, en el ocaso de su pontificado, zarandea la modesta realidad cultural de este país. Ni que decir tiene que la prosa de Sastre muestra finísimos rasgos de humor, que hacen de su libro una amena lectura, aun a pesar de la enjundia y profundidad de los temas tratados. Su capacidad satírica se pone de relieve, por ejemplo, cuando habla del «caso social» del filósofo Xavier Zubiri y del «pasmio» que causaba entre

sus discípulos, o bien cuando recuerda que don Julián Marías, en su «Historia de la Filosofía», dedicaba dieciocho páginas a Ortega y solamente diez líneas a Marx y terminaba su libro diciendo: «... la Historia de la Filosofía, desde Grecia hasta Ortega. Dios ha querido que podamos cerrar esta Historia, justificadamente, con un nombre español». Esta frase, añade Sastre, «me recuerda lo que nos dijo un día, humorísticamente, en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, un catedrático cuyo nombre no viene al caso: "La Historia de la Filosofía empieza con los presocráticos y termina con don Juan Zaragüeta"».

Pero no es sobre el pensamiento de la derecha sobre el que Sastre quiere actuar. Si llama a Pedro de Lorenzo «el goloso de la retórica», lo hace, por añadidura, sin la menor intención redentora. Si llama «insensatos» a los críticos al uso, reconoce que «en las actuales condiciones del aparato, la crítica es una actividad imposible» y que los críticos «no pueden por menos de practicar una forma atenuada de barbarie». Sus principales y más sustanciosos dictérios no se dirigen a la derecha cultural, sino a la izquierda. Hablando accidentalmente de Jovellanos, recuerda que este «progresista» del siglo XVIII decía que los espectáculos son «para los que huelgan», y no para los que trabajan. El pueblo trabajador, según Jovellanos, no debía disfrutar de espectáculos, sino sólo de diversiones, y entre ellas: «pasear, correr, tirar a la barra, jugar a la pelota, al tejuelo, a los bolos, merendar, beber, bailar y triscar por el campo...».

Se refiere Sastre, en primer lugar, a los «críticos secretos», que no ejercen su crítica en ninguna parte concreta, sino en todas. Suscribe la repugnancia que los intelectuales «liberales» sienten por los comisariados culturales. En esos comisariados trabajan «los líderes espirituales fetichizados, los asesores (amistosos, ocultos,

parlantes) de las editoriales...». «Los dictámenes se pronuncian en breves sentencias, en "tics" que excluyen todo pensamiento y que comportan la sacralización o la exclusión de un autor, de una obra, sin implicar necesidad alguna de leer al autor sacralizado o excluido». Habla, en diversas situaciones, de «dilettantes», «populistas», «polítiqueros», «politicarios», «progresoides», «críticos fraseológicos», «neoliberales de la izquierda, vergonzantemente anticomunistas», «idólatras e iconoclastas», «caballeros de la moda» que muestran su admiración papanatas ante obras estéticamente naturalistas, «considerándolas como muestras de ese nivel europeo deseable para nosotros». O bien, en el párrafo que da título a la seudo-Enciclica, habla de «la encogida comprensión del **hic et nunc**, que actúa no sólo como una coartada de cierta sedicente actividad (en lo posible) inconformista por parte de algunos autores —"se hace lo que se puede" y "es mejor hacer algo que nada"—, sino también como un argumento crítico contra nuestra (sin embargo forzada) inacción pública: se nos reprocha que no hacemos nada, o hacer lo poco y "malo" que hacemos en los contados casos en que se consigue hacer algo». Y añade: «El **hic et nunc** de barriada, propio del posibilismo auto-mutilante (censura endógena) es tan notable y nocivo como este **hic et nunc** cosmopolita o metafísico, abstracto, cuyo módulo es: todo lo que no sea hacer hoy un espectáculo de López-Brecht, Pérez-Grotowski, o Fernández-Artaud (según lo que se lleve en el momento) en el Reino Victoria (por ejemplo), es pura barbarie, y si no se actúa ni con esto ni con cualquier otra cosa, ello significa pura inhibición».

Su rigor crítico llega al máximo cuando se despacha a gusto, y esta vez con nombres, contra los «promotores culturales». «La promoción más relevante, y no sabemos si única, a que podemos

referirnos es la que podría denominarse objetivamente —es decir, con independencia de la buena voluntad subjetiva de algunos participantes en el fenómeno, ya como promociocionantes, ya como promociocionados— "oportunistas de izquierda", cuya responsabilidad recae especialmente, para nosotros, con todos los matices propios del caso, en el triángulo J. M. Castellet, C. Barral, J. Goytisolo; promoción que ha producido daños seguramente irreparables, por lo menos a corto plazo». «J. Goytisolo fue el más dogmático comisario exterior de aquella triste operación» que, «unida al cosmopolitismo reflectante de siempre, embarcó a poetas y directores cinematográficos ya previamente promovidos por sus propios medios —Otero (al que llama noventayochista), Celaya, Bardem...—, que poco después serían altamente denostados; cuando el péndulo de la opinión de estos precarios mandarines estuvo en punta y contó con los **objetivistas** indigenas (**nouveau roman**: la moda del momento), ya tratando de asimilarlos admirativamente (así, a Sánchez Ferlosio), ya "promoviéndolos" o "promociocionándolos" (así, a García Hortelano)».

«Las víctimas objetivas de esta bien intencionada manipulación "seudopromociocionante" fueron, por desgracia, algunos escritores (relevantes, sobre todo por su entusiasmo civil), como Armando López Salinas, Antonio Ferrer y Jesús López Pacheco...». «La baja con que hoy se ataca y menosprecia a los escritores del grupo, que ciertos pajes oportunistas han dado en llamar, con irritante crueldad, "generación de la berza", es otra prueba más de la degradación que aquí se viene denunciando». Y «vemos ahora con horror cómo el novelista Grosso asume, sin rebelarse, el papel de hazmerreir que le asignan sin piedad sus recientes entrevistadores de prensa».

En fin, ¿es necesario seguir? Dice el autor en el epílogo del libro que: «Desearía que la sangre —si la hubiere, que seguramente no será para tanto— llegara esta vez al río... de la verdad sobre las cuestiones aquí debatidas». Que el río al cual llegue la sangre sea el río de la verdad no pasa de ser una aspiración lejana, aunque no por ello menos encomiable. Que la sangre llegará esta vez al río del refrán, podemos darlo por cierto, teniendo en cuenta la cantidad y calidad de los palos distribuidos. Como el mismo Sastre reconoce en su libro: «La polémica intelectual toma en seguida entre nosotros la forma carnal del cuerpo a cuerpo». ■ LUIS CARANDELL.

El Café Gijón, tópica sede de nuestra no muy extensa "provincia intelectual".

